

LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx

NO. 180

LA MUJER MEXICANA

Antonieta Rivas Mercado

1900-1931

María Antonieta Rivas Mercado Castellano Haff (nació en la ciudad de México, el 21 de agosto; se suicidó en París, Francia, el 11 de febrero) desempeñó un importante papel en la vida cultural y política de México en la tercera década del siglo XX. Fue fundamental su aporte, en la función de mecenas, para la fundación de la revista Contemporáneos y del Teatro Ulises, como también lo fue en su contribución en muchos sentidos a la campaña política en favor de Vasconcelos. Mujer de amplia cultura, Antonieta Rivas es autora de una obra escrita que incluye cuentos, obras de teatro, ensayos y textos políticos. Una de sus grandes preocupaciones se refiere al tema de la mujer. Una muestra de ello lo vemos en el ensayo "La mujer mexicana" que, en opinión de L. Mario Schneider "es sin duda el escrito más lúcido que sobre el tema haya realizado una feminista nacional".

***El hombre hace la historia;
la mujer hace al hombre***

G. Marañón

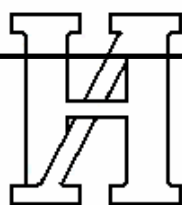
Quienquiera que intente encontrar en nuestro pintoresco medio social un tipo representativo de mujer mexicana, fracasará. La mujer mexicana no existe. Esto se explica fácilmente. Como nación hemos sufrido influencias varias. Desde la española, a la cual debemos el ser, hasta la norteamericana, habiendo pasado por la francesa. El sedimento de estas culturas, depositado sobre un fondo indígena, no se ha fundido aún. Mujeres hay que por su traje y costumbres parecen arrancadas de medios europeos, ya español, ya francés. Otras sufren el contagio norteamericano, adoptando desde el corte de pelo hasta la manera de divertirse. Y la mujer indígena vive tal como cuando los conquistadores establecieron el reino de la Nueva España. En

México todo se está haciendo. No hay que buscar en él todavía un tipo general de mujer. Éste corresponderá al momento histórico en que todas las manifestaciones nacionales sean fisionómicamente nuestras.

Sin embargo, en México hay mujeres. Las encontramos agrupadas en torno a totems representativos de potencia económica. Propiamente no se puede hablar de castas, porque los acontecimientos políticos se suceden con rapidez tal que no permiten cristalizaciones duraderas. Antes de seguir adelante, diremos que un factor social, que lógicamente debiera servir de amalgama a las mujeres mexicanas, de hecho se ha modificado adaptándose a las circunstancias de cada una. Me refiero a la religión. En México, todas las mujeres son católicas, ya que no vale la pena tomar en consideración a las que pertenecen a otros credos. Pero el catolicismo mexicano es como una fábrica de trajes a la medida, y en nada suaviza las aristas sociales.

La mujer de la aristocracia vive en casa de planta europea, viste en casa de Paquín, come a la francesa y cree igualmente en los artículos de la fe. La india vive en el jacal, de lodo o pasto, viste de manta, come tortillas y frijoles y cree igualmente en los artículos de la fe. Aquélla, cuyo alimento espiritual son las películas americanas, cuyos héroes son los de la pantalla y que baila al son del jazz, tampoco tiene inconveniente en aceptar los dogmas católicos. Pero ¡qué lejos se encuentran esas mujeres unas de otras!

En México carecemos de esas fábricas de educación que tan eficaz resultado han dado en Norteamérica. Entre nosotros, la educación también está íntimamente relacionada con el poder económico. El Gobierno no ha tenido el vigor suficiente para centralizar y dar un tipo superior de escuela el que asistieran democráticamente los hijos



Academia

Mayo 10 de 2004

de Humanidades FES-Acatlán

de todos. Si esto es sensible hasta en los hombres, ¡cuánto más entre las mujeres! Pero hay un rasgo común en la educación que todas reciben. Su ineficacia, su nulidad. Por regla general, la mexicana es ignorante. Sigue en boga la noción de que así como es obligatorio preparar al hombre para la vida, es innecesario y hasta nocivo preparar paralelamente a la mujer. Ésta sigue siendo, casi siempre, una mujer colonial, en la que se exaltan las virtudes pasivas, si es posible que la pasividad sea virtud.

No sabemos hasta qué punto atribuir a la identidad de religión un actitud uniforme de docilidad en las mujeres. La mexicana es un parangón de docilidad. Claro está que con mujeres cuya bondad misma se define negativamente, es inútil buscar su manifestación positiva en la sociedad en que viven. Las mexicanas no actúan, y ni siquiera en el campo de la filantropía demuestran una actividad digna de mención. Bien es cierto que el fermento revolucionario de 1910 hizo brotar mujeres que apasionadamente se dieron a aquella causa; pero su labor no fue constructiva, sino sentimental. Sirvieron de propagandistas, fueron agitadoras, muchas veces admirables por su entereza, pero desempeñando siempre un papel secundario. La derrota de esas mujeres, quienes formaron núcleos llamados feministas, está escrita en la Constitución que ahora nos rige. Pero ni siquiera se hicieron oír cuando se estaban elaborando las leyes nuevas que había de afectar a la mujer y al niño. El criterio de la legislación de 1917 es puramente masculino. En México se ha dado el mismo fenómeno que en los demás países latinos; no hay feminismo. Ese injerto sajón no prendió en nuestro medio.

En general, se conceptúa a la mujer en México buena. De los hombres se dice, con una sonrisa benigna, que son una calamidad. Pero de la mujer, que es buena, muy buena. Extraño concepto de la virtud femenina que consiste en un “no hacer”. Podría indicarse que para no hacer es preciso ser de alguna manera. Cabe la duda de que dicha virtud sea un fruto del temor, más que un producto espontáneo. Porque salta a la vista que la pasividad femenina sirve de socio a la licencia masculina. Las mujeres mexicanas en su relación con los hombres son esclavas. Casi siempre consideradas como cosa y, lo que es peor, aceptando ellas serlo. Sin vida propia, dependiendo del hombre, le siguen en la vida, no como compañeras, sino sujetas a su voluntad y vendidas a su capricho. Incapaces de erigirse en entidades conscientes, toleran cuanto del hombre venga. El resultado es que éste no estima ni respeta a la mujer y que ella se conforma, refugiándose en lo que han llamado su bondad. Pero ya es tiempo de decirles que se trata de un poco de éter o cloroformo sentimental que el hombre les ha estado dando. Si la bondad de la mujer no

hubiera sido una ilusión piadosa, se reflejaría en sus hijos, en sus maridos, en todos aquellos hombres accesibles a su influencia.

No vamos a juzgar a la mujer con el criterio masculino de que debe hacer obras que trasciendan de su persona. No; nos concretaremos a buscar a la mujer dentro de la esfera que le es propia, la de su femineidad y, con Marañón, diremos que su obra es el hombre. ¡Qué requisitorio merecen entonces las mujeres de México! Como esposas, toleran y sufren. Como madres, sufren, y toleran. Incapaces de elevarse a la altura que su misión requiere, han dejado que el hombre vaya a la deriva, sin un criterio moral que norme sus actos. Basta echar una ojeada a las páginas de nuestra historia para sentir inmediatamente que nos han faltado mujeres fuertes, mujeres conscientes de sí mismas y del papel que debían desempeñar.

Alguien dijo que la mujer es la mantenedora de la raza. Por naturaleza lo es; pero basta ya de creer que por sabiduría infusa la mujer acierte a ser esposa y ser madre. No sólo es insuficiente dar nada más la vida física, sino muchas veces criminal. Es menester que la mujer se ponga en condiciones de dar vida moral. ¡Que la mujer se haga capaz de dar vida moral al hombre! ¿Podría darse algo más difícil, pero al mismo tiempo más apremiante? En verdad, y aunque el hombre voluntariamente no se lo confiese, por instinto espera de ella ese don inapreciable, como si ella estuviera en contacto íntimo con fuerzas vitales a las cuales él no tiene acceso. Pero esa realidad espiritual que el hombre presiente no debe bastar ya a la mujer. Creemos que está obligada a desarrollar el esfuerzo indispensable para hacer efectivo en ella lo que hasta hoy ha sido posibilidad. Diríase que la mujer es un teorema sin demostración. Su contacto íntimo con la vida, su intuición de ella exigen medios para que pueda utilizar esa influencia, hasta ahora virtual. Es preciso, sobre todo para las mujeres mexicanas, ampliar su horizonte, que se la eduque e instruya, que cultive su mente y aprenda a pensar. Puede repugnarle a la mujer emplear la lógica masculina; pero como no ha elaborado una propia, antes que preconizarle que lo haga más vale urgirla a que venza su resistencia y aproveche la existente; si puede, que la modifique y se valga de ella para hacer sentir su presencia, no como un ser encerrado en sí mismo, sino capaz de imprimir a la vida de otros seres el giro que ella desee.

El cultivo de la mujer será el exorcismo que la limpie de su “bondad pasiva”, provocando reacciones que hagan cesar en México la repetición de un siglo de historia como el que contamos desde nuestra independencia.

[El Sol de Madrid, febrero de 1928]

Fuente: Antonieta Rivas Mercado. “La mujer mexicana” en *De educación y otros temas*. Antología en preparación por Sergio Montes García.